

BENIDORM, 1.º DE SETIEMBRE DE 1859

---

Mi apreciable amigo: La vida en el mar es la vida de la zozobra y de la incertidumbre; pero tambien, por lo que he sentido, se me alcanza que es la vida más cercana á la naturaleza. El arte del hombre ha hecho muchas cosas grandes; ha leído los secretos más recónditos de Dios en el cielo, auxiliado por el telescopio; ha bajado á las profundidades de la tierra á sorprender en su cuna los metales; ha ojeado como un gran libro nuestro globo para conocer su historia; ha encadenado la impalpable electricidad y oprimido en sus manos el ténue vapor; pero todas estas maravillas, fruto de una larga experiencia, son poco sorprendentes cuando se considera el esfuerzo que hicieron los primeros navegantes para fiar su vida á

débil leño; extender la ligera lona, recién sacada de los hilos de las plantas; aprisionar en ella el viento que encrespa las olas, y perderse, sin brújula, sin norte, como el ave marina, guiados por un instinto divino, en el ignorado mar, en sus inmensos espacios, hermosos como el cielo, pero solitarios como el abismo. Y sin embargo, el mar atrae, el mar llama al hombre como un amigo querido. Cuando se tiende el hombre en la barca, y oye el ruido del viento en la lona, y recibe las gotas de la fresca agua en la frente, y respira la húmeda brisa que ensancha el pecho, y se abisma en el inmenso horizonte, y ve rizarse la ola que besa la barca, y perderse á lo léjos el surco de blanca espuma producido por la quilla, y centellear á sus costados el agua reverberando la luz de los cielos; y siente que vuela sorprendido entre dos abismos insondables é infinitos, y que desafia á todos los elementos y á todos los tiene bajo el dominio de su inteligencia; en esos sublimes instantes, tan solemnes, tan grandes, su vida se dilata, crece su alma como el horizonte, sus ideas toman la majestad de aquel gran espectáculo, y se exalta su dignidad de hombre, porque conoce que su pensamiento, sí, su pensamiento, encerrado en el estrecho

cerebro, es más grande y más poderoso que aquel mar que parece desbordarse y no caber en el globo.

Yo, desde que me encuentro aquí, he sentido todas estas emociones, porque mi vida ha sido una continua comunicacion con el mar. Voy á hablarle á V. de los espectáculos que más me han conmovido, y le hablaré sencillamente, de la manera que más se acerca á la naturaleza. Uno de los médicos de esta poblacion, D. José Perez, antiguo correigionario nuestro, me invitó á dar un paseo por el mar. Era una de esas noches de estío, en que la luna resplandece como si fuera el alba de un nuevo dia. El mar estaba tan sereno y tan tranquilo como un lago dormido. Ni una onda rizaba su celeste superficie, sus mansas aguas. La orilla estaba desierta y se mezclaba el chirrido del grillo de los vecinos campos al eco lejano y perdido de algun cantar de pescadores. En la misma arena subí, acompañado por mis queridos amigos, D. Ramon Torres Muñoz y Luna, D. José Orts y Llorca y D. Vicente Zaragoza y Fuster, á la barca, que estaba varada. Los marineros que nos esperaban, impulsaron desde la arena la barca al mar como si fuera una leve pluma. En un instante nos apartamos de la orilla, y atravesamos

la punta de Canfali, dirigiéndonos á la sierra de Arabí. El cielo estaba claro, sereno; algunas estrellas se aparecían indecisas entre el resplandor de la luna; los remos se movían acompasadamente sobre el mar, produciendo una cadencia indescriptible, y las gotas, que al levantarse y caer desprendían, iban descomponiendo en ténues matices la luz; el agua estaba tan límpida y tan clara, que se veía hasta el fondo, y en el interior del mar la luz de la luna ondulaba en las arenas, ó formaba una mezcla de vários reflejos y dudosas sombras entre las halgas, como si recamara de plata sus leves cintas; el aire perfumado que nos mandaban las costas, era tan suave, que sin rizar el agua refrescaba nuestros rostros; alguna que otra vez los peces pasaban á nuestra vista dejando una claridad parecida al poético brillar de una luciérnaga, y aquella vida que se desprendía de todo cuanto nos rodeaba, y que envolvía y animaba á tantos séres, y revestía tantas y tan múltiples formas, llegaba hasta confundirse en nuestra alma, como una nueva y más pura y más rica sávia. Yo llevaba el alma llena de pensamientos tristes. La estela fugitiva que dejaba nuestra barca, la fosfórica luz de los peces que se perdía instantáneamente, el viento

que pasaba, los objetos que se desvanecían á mi vista entre los rayos de la luna, todo me recordaba las muchas almas amadas que he perdido en mi corto camino, hojas caídas del árbol de la vida á la insondable ternidad, de la cual me ofrecía una imágen viva la inmensidad del mar.

Por fin llegamos á la sierra del Arabí, donde íbamos. El silencio de la noche era sublime; los altos picos, que salían como colosales columnas del fondo del mar; los escollos que la espuma coronaba; el sonido de las olas en las grutas; la luz de la luna que rielaba en las aguas; los remos, que parecían hacer palpitar de amor la celeste tranquila superficie; el cántico de los marineros, melancólico y dulce como todo cuanto nos rodeaba; las luces del pueblo, que se perdían en el indeciso límite del horizonte; el cielo trasparente y deslumbrador sobre nuestras cabezas; el mar claro y sereno y matizado bajo nuestras plantas; la húmeda brisa acariciándonos el rostro; la vecina ribera repitiendo el zumbido de mil insectos; las peñas lamidas por el mar, ocultando bajo su verde musgo tantos diversos mariscos; el agudo grito del ave nocturna, que me hería como un gemido; todo cuanto veían mis ojos, todo cuan-

to escuchaban mis oídos, me recordaba los torrentes de vida que corren desde el seno del Creador por los espacios, y me infundía el deseo de acercarme á la fuente de todo sér, y refrescar en ella mis secos lábios, sedientos de lo infinito.

Quisiera poder describir á V. con fidelidad la sierra del Arabí, en el lado que el mar lame, que el mar acaricia. A la luz de la luna, entre la indecision de las sombras, sus peñascos desgajados, medio cubiertos por el agua, parecían columnas rotas, estátuas mutiladas, ruinas de templos, aras hechas mil pedazos, altares antiguos heridos y destrozados, dioses que el mar estaba devorando; en una palabra, el naufragio de un pueblo, de una civilizacion. Yo algunas veces temblaba delante de aquellos escollos inmensos, que se perdían en el cielo, y que parecía que al menor beso de la tranquila ola se embreaban, amenazando desplomarse sobre nosotros.

Nuestra barca corría entre los escollos, tropezaba en las montañas, parecía un anfibio, que así se movía entre las aguas como se deslizaba sobre las piedras. Pero lo que más me sorprendió fué entrar la barca, una barca de diez remeros, por una estrecha abertura,

dentro de una gruta, que no parecía sino que nos encontrábamos en uno de aquellos palacios que los paganos fingían para sus dioses marinos en el fondo de las verdes aguas. El rayo de la luna penetraba por la entrada de la gruta, y teñía sus profundidades en ese reflejo, que sólo puede compararse á la dulce melancolía de un alma enamorada; el agua se dormía blandamente sobre un bosque de plantas marinas, que de sus hojas despedían de vez en cuando una ténue luz azulada más breve que un relámpago; la brisa hacía resonar las concavidades de la gruta con un eco que semejaba la voz de aquellos peñascos, nota dulcísima del eterno cántico de la naturaleza; el espacio donde el mar no alcanzaba, lucía arenas doradas, conchas, caracoles, varias matizadas piedras, y las paredes cubiertas de musgo fresquísimo, y el techo que destilaba algunas gotas de agua dulce y regalada, que caía sobre nuestras cabezas, y el murmullo de las ligeras olas que besaban las piedras; todo, todo era un encanto, y casi me obligaba á suspenderme sobre aquellas aguas transparentes, para pedirles un secreto de su vida, una inspiracion, el eco de uno de sus dulces rumores, con que poder cantar la indefinible tristeza que aquella gruta misteriosa

derramaba en mi alma. Nuestro amigo el doctor saltó en tierra, sacó un largo puñal, hizo que un niño encendiera una antorcha, y empezó á perseguir á los mariscos, de que está poblada la cueva. Esto aumentaba lo extraño del espectáculo. La antorcha desvanecía las tinieblas de las profundidades á donde no alcanzaba el rayo de la luna, y parecía entre aquellas grandes piedras como el fuego de un holocausto en amor un altar de los antiguos celtas. Efecto de mi entrañable á los recuerdos clásicos, de ese amor que cada día es en mí más profundo, nuestro amigo, moreno como buen meridional, ágil y ligero como los hombres de las montañas, nadador habilísimo como los hombres de las costas, que ora se deslizaba sobre las piedras á gatas, ora se sumergía en el fondo de las aguas, ora se enredaba entre sus halgas, ora se escondía y tornaba á aparecer con su presa entre las manos envueltas en plantas marinas, semejaba á mis ojos la aparición del dios Glauco, del dios querido de los pescadores, que venía á traernos los tesoros del mar. Por fin, á las altas horas de la noche volvimos al pueblo con un mar ligeramente rizado por la brisa, acompañados por la luna, sin encontrar más que alguna lancha de pescadores ó algu-

na barca cuya vela parecía á lo léjos el ala de una gaviota rozando la superficie del mar. El recuerdo de esta noche será imperecedero en mí. La contaré como uno de esos instantes en que el alma está más cerca de la naturaleza, y por consiguiente más cerca de Dios.

Era necesario ver los horizontes de día, y á la luz del sol, y contemplar lo mismo que habíamos visto de noche á la luz de la luna. A esta expedición me invitó el alcalde de este pueblo, D. Francisco de P. Orts y Llorca, amigo mio de la infancia, cuyos finos y amables obsequios nunca agradeceré bastante, tanto más gratos para mí, cuanto que se ligan á dulces recuerdos de la edad pasada, de esa edad en que sentimos sin dolor deslizarse el tiempo, y cada vez que el sol se levanta nos trae una nueva esperanza, una nueva ilusión. Emprendimos nuestro corto viaje en una hermosa barca; doce marineros bogaban, y nuestra pequeña embarcación volaba, cortando las olas con la ligereza del aire. No puede darse una alegría más franca, ni una conversación más sincera que las de aquellos doce jóvenes atléticos, tostados por el aire y el sol, moviendo los remos á compás, y cantando á compás de los remos con esa confianza en el mar, que fué ayer su

cuna, que tal vez sea mañana su sepulcro, y que los alienta, y los festeja, y los alegra, como que son sus hijos. Algunos días después, hallándome en el castillo al anochecer, oí unos grandes lamentos que venían de la playa. Eran voces de mujeres, que herían los aires, voces impregnadas de ese dolor infinito, que sólo puede expresar el llanto de la mujer. Como mis penas están aún tan recientes, y mi corazón tan afligido, aquel amargo llorar me inspiró un doble interés, y corrí á enterarme de lo que sucedía. Sucedió que los jóvenes de la matrícula, de esa quinta terrible del mar, se iban á servir, como aquí se dice, al rey, tal vez á morir á América. Entre ellos se iban nuestros doce remeros. ¡Infelices! Dejaban su pueblo, su casa, sus playas tranquilas, su hermoso y celeste mar, su cielo purísimo, sus encantadores campos, su barca, sus redes, para ir forzados al clima ardiente de los trópicos á sacrificar su libertad, necesaria y grata á todo hombre, pero más necesaria, más grata aún á ellos, que han crecido en la inmensidad de los mares, luchando con los vientos y viviendo la vida sencilla é ingénuo de la naturaleza. Y todos aquellos jóvenes tenían seres queridos, y se dejaban tal vez para siempre las dulces prendas de su

amor, y se iban oyendo resonar en el aire el amarguísimo lamento de sus madres. ¡Oh! El dolor me partía el corazón, y mi único consuelo era pensar que con mi palabra y con mi pluma había protestado siempre contra tamañas injusticias.

Pero volvamos á mi expedición. Me acompañaban, además del joven alcalde de este pueblo y distinguido catedrático de la Universidad Central, D. Ramon Torres Muñoz y Luna, el inteligente abogado D. José Orts y Jorro, con sus dos amables hijos. El Sr. Orts me iba explicando todas las particularidades de la costa con gran minuciosidad. De vez en cuando se descubren algunos restos de antiguas atalayas que recuerdan la huella de la dominación árabe, inextinguible en nuestro país. Andaba distraído, oyendo su relación, cuando de pronto lancé un grito involuntario de entusiasta sorpresa. Habíamos pasado la punta del Caballo, y parecía como si una mano mágica hubiera descornado una inmensa cortina. Cerca de nuestra barca, una pequeña isla, escollo eminente, cuyo color violeta contrastaba con el velo de espuma de que le cubrían las olas; á la izquierda los altos picos del Arabí encendidos por un color de púrpura fuerte, que les daba el aspec-

to de un lejano volcan; á la derecha el horizonte infinito, variado sólo por algunas blancas gaviotas que se mecían en los aires; al frente, la gran montaña de Ifac, á cuyo pié duerme Calpe; aquella montaña querida de los fenicios y que por su corte y por la armonía sencilla de sus líneas semeja un templo griego alzado dentro del mar, y teñido de un reflejo celeste por los arreboles del aire; y para que nada faltara de este cuadro, mientras el sol temblaba sobre su ocaso, cubriendo con un matiz sonrosado las olas ligeras y espumosas, la blanca luna, cerca ya de su plenitud, se alzaba por el Oriente, y el cielo parecía transparentarse más, como si quisiera mostrarnos el Gran Artista que, inclinándose sobre los abismos, obró con su palabra creadora las maravillas de la naturaleza.

Después de contemplar tan maravilloso espectáculo, llegamos á una de las cuevas abiertas en la roca, y allí desembarcamos por algunos brevísimos instantes. La cueva parecía presentarnos una de esas grandes catástrofes de la naturaleza; peñascos desgajados; montones de arena que tenían la forma de antiguas tumbas; piedras esponjosas arrojadas por el mar; terreno cortado y escabrosísimo; aquí una pi-

rámide verdosa que las ondas circundaban con sus espumas; allá una escondida gruta, madriguera de un lobo marino; en los altos picos nidos de halcones y de águilas; bajo nuestras plantas un puente natural abierto en la roca al borde de los abismos, y sobre nuestras cabezas las piedras suspendidas, amenazadoras, como un arco ruinoso, destilando agua dulce, que los marineros recogen cuidadosamente en pequeñas pilas, agua fresca y grata como la lluvia en el desierto, que venía á animar aquella soledad, pues sus cristalinas pequeñas gotas parecían lágrimas, como el resonar del viento en las insondables profundidades finge un largo y amarguísimo gemido. Nuestro amigo nos hizo beber agua de aquella piedra. Hincamos la rodilla en tierra y pusimos los labios en el agua, y mientras tanto las gotas mojaban nuestras espaldas y nuestras cabezas. Por fin, cuando ya la noche venía á más andar sobre nosotros, emprendimos la vuelta á Benidorm. En la proa de nuestra barca ardía una gran porción de tea, cuyo humo se perdía en los aires al par que la estela se perdía en las aguas. Un antiguo marino, de pié sobre la proa con la *fióra*, una especie de estoque en la mano, pescaba agujas, un pescado parecido á la anguila,

que salta del mar y se sostiene algun tiempo en el aire y es traspasado allí por la habilidad de los marineros. Volvimos al pueblo sin novedad ninguna, con el alma llena de esas grandes impresiones que siente el corazón y que difícilmente puede expresar mi tosca pluma. Reciban mis amigos el testimonio de mi gratitud. La vida, en comunicacion con la naturaleza, es más dulce, y las penas pierden su acritud, conservando sólo esa solemne tristeza que si atormenta, eleva el alma.

Preciso es confesar que si he ido buscando la naturaleza, la he encontrado en este pueblo; la naturaleza, cuyo resplandor no puede conocerse en ese árido y empolvado Madrid. Una tarde estábamos varios amigos bañándonos, y pasaron en una lancha algunos pescadores. Los detuvimos y les rogamos que nos consintieran auxiliarles en su pesca. Subimos á la lancha, dimos fuerza á los remos, bogamos, tendimos las redes con cuidado, tornamos á tierra, cogimos la cuerda como todos hacian, tiramos con esfuerzo, pero con alegría, porque el gran peso de la red nos aseguraba gran pesca, y despues de algun esfuerzo vimos con un placer sin igual á nuestras plantas saltando vivos, como si estuvieran aún en su propia atmós-

fera, peces de todos tamaños, de mil vários matices, que eran recibidos por los pescadores con grandes gritos de entusiasmo: sencillo, pero tierno cuadro; la barca en el mar, las redes en la arena, los pescados saltando, la alegría pintada en todos los semblantes, la Providencia manifestándose visible en esas fuentes inagotables de vida que ha abierto en toda la creacion.

Ya estaba aquí algunos dias, y aún no me habia entregado á un barco de vela, aún no habia, pues, volado sobre el mar. Mi franco y cariñoso amigo D. Joaquin Thous, me preparó un falucho dirigido por un hábil piloto, y fuimos á la isla Plumbea, aún no visitada por mí. Confieso que muchas de mis emociones parecerán pueriles al que no sienta ese amor que siempre me ha inspirado la naturaleza. Aún no habiamos extendido nuestra vela, cuando ya vino el viento á henchirla y á rizarla. El ruido del viento en la lona, como el ruido de las olas en los costados del buque, es la música del marino. Yo, que suelo amoldarme á todas las circunstancias, abria el pecho para recibir aquel aire lleno de oxígeno, que así purificaba mi sangre como traia en sus alas á mi corazón esa poesía del mar, vaga é indescriptible.



La vela temblando, el buque partiendo las aguas, la espuma levantándose hasta salpicar nuestra frente, la estela apareciendo y borrándose, la hinchada ola viniendo amenazadora y bajándose como para besar la quilla, la luz de la luna inundándonos con sus suaves resplandores, los marineros con sus trages blancos y azules como el color del mar, de pié unos recostándose en el palo mayor, tendidos otros en los costados del barco, la isla creciendo como una gran sombra á medida que á ella nos íbamos acercando, la luz de las hogueras que los pescadores encendian en lo alto, las costas perdiéndose entre las brumas de la noche, me inspiraban ese deseo de volar sobre el mar, deseo instintivo del alma, que, como la golondrina, siente un impulso ciego á mudar de nido, de aposento, de horizonte, sobre todo, cuando se halla poseida de esa gran tristeza, que es la nostalgia del cielo.

Después de un largo arrobamiento, comencé á conversar con estos intrépidos marineros. No puede V. imaginarse cuán grata y cuán sabrosa fué para mí su conversacion animada y pintoresca. El marinero, siempre entre dos abismos, avezado al peligro, luchando con los vientos, midiendo en las estrellas su ruta, cre-

ciendo en valor á medida que crecen las tempestades, acostumbrado á ver venir la muerte en cada alta ola que levanta el viento; viajero incansable como las corrientes, como las brisas, encerrado en un estrecho barco, pero dilatando su espíritu por horizontes inmensos, connaturalizado con todos los climas, tan dispuesto á atravesar por los mares eternamente helados como bajo el sol candente de los trópicos; tan feliz en el golfo celeste de Nápoles como entre las alteradas olas del mar Cantábrico; retratando en su imaginacion con igual fidelidad un país de la helada Terranova, que un país del Africa; tiene en su conversacion, en su trato, la poesía primitiva, ingénuo, que ha de brotar necesariamente de esos espectáculos tan varios y tan grandiosos, de esa conciencia de su fuerza, de esa variedad infinita de sus impresiones, de esa vida siempre á merced de los vientos; vida, que tiene por hogar los mares, por techo pátrio los cielos, por guía los astros, por pátria todas las riberas del globo, por descanso la continua lucha, por único testigo á Dios. Y ya puede V. comprender cuán vária seria la conversacion con hombres que han tocado en las riberas del Africa, del Asia y de América, y que han vivido la vida del mar

con todos sus peligros. En estas sabrosas pláticas llegamos á la isla. Un olor fuerte de plantas marinas nos anunció la proximidad del gran peñasco. La isla es la punta saliente de una cordillera que el mar ha dividido y ha roto. Al Oriente se eleva muchísimo, y al Ocaso descende hasta quedarse á flor de agua. Su terreno es pedregoso y árido. Algunos acebuches se ven por allí esparcidos, y los nopales crecen con gran abundancia, y le dan el aspecto de un paisaje asiático. A la parte oriental hay grandes cavernas, á cuya entrada las olas se entrechocan y besan los altos peñascos, volviendo á caer convertidas en una gran catarata de espuma. Por todas partes se ven precipicios amenazadores, que tienen cierta atracción, porque en su fondo se oye la música de las aguas y de los vientos. Desde la cúspide hermosa de esta gigantesca columna alzada sobre el mar, se descubre un gran cuadro. Nosotros no pudimos vislumbrarlo, porque era de noche. Bajamos á tierra, subimos corriendo á la cima de la montaña, preguntamos á los pescadores que allí estaban si habían tenido buena suerte, encendimos en lo más alto una gran hoguera para anunciar al pueblo nuestro arribo, vimos un peñasco inaccesible donde anidan los hal-

cones, contemplamos el mar, que estaba hermosísimo, contamos los faros que se descubrían en las costas, y concluimos por alabar á Dios en aquel templo, que tenía por ara un peñasco, por bóveda el cielo, por órgano las brisas y las olas, por lámpara la luna suspendida del zenit y por incienso el aroma de las plantas y los blanquecinos vapores de la noche.

Voy á concluir esta carta describiendo á V. una noche de un paseo y de una pesca en el mar; una noche verdaderamente veneciana. Este espectáculo fué concebido con gran inteligencia, y dispuesto con suma precisión y habilidad por D. Juan Thous, hombre de una rica y grande fantasía, al cual debo un plácido retiro en este pueblo, pues me ha abierto las puertas de su casa y me ha ofrecido en ella una hospitalidad tan franca, tan dulce, tan fina, que difícilmente podría encarecer cual se merece. Nuestro amigo nada nos dijo de lo que había concebido, y nosotros, esta colonia venida de Madrid, que todos hemos traído grandes penas y todos llevamos pérdidas irreparables, y casi todos arrastramos luto, nada sabíamos de lo que se preparaba. Creíamos que se trataba de un sencillo paseo por el mar, pues ningún preparativo había llamado nuestra aten-

cion. Empezaré por decir las personas que asistimos á este paseo, cuyo recuerdo será en todos imperecedero. Ibamos el señor general Salcedo con su fina y graciosa hija Mariana; el Sr. D. José Linares, uno de mis mejores y queridos amigos, acompañado de su amable esposa y de su bella prima doña Cristina Baldebo; el jóven catedrático de la Universidad Central D. Ramon Torres Muñoz y Luna, con su hermosa hija Cármen; la distinguida y simpática señora del agente de bolsa Sr. Rodriguez; don Francisco Thous y sus sobrinos D. Juan y don Joaquin Thous, con su linda y amabilísima hermana Catalina; el señor ayudante mayor de marina D. Francisco Roig; D. Francisco de P. Fuster; los médicos de esta poblacion, D. José Orts y D. José Pérez; el inteligente y simpático abogado D. Vicente Llorca; el señor D. Pedro Ortuño, uno de los jóvenes que por su talento más han de honrar á Benidorm, su pátria, y por su decision más servicios han de rendir á la democracia, su partido; el piloto D. José Llorca y Ors, y su padre, anciano que cuenta más de setecientos viajes, el hábil marino que ha arrastrado sus setenta años por el mar, D. Antonio Morales; otras personas cuyos nombres siento no recordar, mi hermana y yo.

Era una de esas noches encantadas del estío, en que el aire de las orillas del mar, cargado de humedad, forma un ambiente delicioso y suave. Las brisas dormían, y sin embargo, la noche era fresca. El cielo estaba sereno, sin una nube, y á pesar de no haber luna, las estrellas iluminaban con sus dudosos pero poéticos resplandores todo el horizonte. Pocas veces he visto un cielo tan claro, ni estrellas tan lucientes en el rigor del estío. El mar no se movía, no se rizaba ni una ola; era un lago, retratando en sus tersos cristales los astros; y parecía haberse recostado blandamente en la arena, al pié de la roca, haberse dormido para sentir el placer de que el hombre jugase con sus aguas, como un fiero leon que dejara acariciar sus guedejas por las débiles manos de un niño. En el momento en que debíamos partir, en lo alto de Puig-Campana, en la sierra que domina el mar y todas las cordilleras del contorno, se vió arder una inmensa hoguera, que parecía tocar con su fuego el cielo. Confieso que aquel fuego elevado en una altura eminentísima, encendido por una mano desconocida para nosotros, luciendo de tal suerte, que unas veces por el viento que corría en aquellas alturas semejava un volcan, y otras

una estrella que desde la tierra subía al cielo; aquel fuego me parecía como la llama solitaria del genio, que elevada en las alturas de la sociedad para iluminar á los siglos, está siempre combatida por las tempestades. Aún no se había dado la señal de Puig-Campana, cuando un fuego igual apareció en la cima de la alta y solitaria isla Plumbea. Este fuego, que se reflejaba en las celestes y dormidas aguas del mar, de este mar Mediterráneo, tan lleno de recuerdos clásicos, parecía á mis ojos como un holocausto en los mares y en los templos de Grecia. Así que Puig-Campana y la isla coronaron de fuego sus cimas, aparecieron en las montañas del Arabí, en la punta del Pinet, que cierra la playa oriental de Benidorm, unas luminarias tan bien dispuestas y concertadas á la orilla misma del mar, que formaban como una galería mágica, como un palacio iluminado, surgiendo del seno mismo de las ondas. Yo, desde lo alto del castillo miraba todo esto, y crea V. que aún me parece una ilusión, aún creo que he soñado y que la realidad es una página caída de un poema marino, por su incomparable poesía.

Aún no se habían iluminado estos puntos, cuando ya se deslizaban bajo las peñas del

castillo varias preciosas barcas, todas iluminadas, en proa y en popa. En el silencio de la oscuridad de la noche, sobre aquel mar dormido y tranquilo y de aguas tan cristalinas, las luces se retrataban con tan gran fidelidad, que todas las que había en el aire se veían dentro del mar. Las barcas formaron un luminoso cuadro delante del mismo castillo, y en su centro se descubría un gran falucho, sin luz alguna, envuelto en las sombras. Mecíanse dulcemente las barcas sobre el mar, que retrataba sus poéticas luminarias, cuando del fondo del falucho se elevó una música armoniosísima, música que sonaba aires marítimos, y vertía con sus dulces cadencias, repetidas por los ecos del mar, tristeza consoladora en el alma. Después las barcas comenzaron á desfilar, dirigiéndose de dos en dos á la orilla para que pudiéramos embarcarnos más fácilmente. El espectáculo era grande. Mientras nuestras barcas, precedidas por una pequeña lancha, en cuya proa ardía un gran monton de tea, se adelantaban por las playas orientales, las luces fantásticas y azuladas de la punta del Pinet se extendían y se aumentaban, acercándose y formando como una guirnalda de estrellas caída sobre las aguas claras y transparentes del

mar. Las barcas iluminadas, el fuego de la tea que elevaba una columna de oloroso humo, las luces que corrían por la orilla, la música de que estaban impregnados los aires, en este mar que hollaron por vez primera las quillas de las barcas griegas, que ha llevado sobre sus ondas la verbena de los sacrificios antiguos, que lame aún entre sus aguas transparentes las ruinas del templo de Diana, que duerme en brazos del Calpe fenicio, que todavía parece mecer entre sus olas esmaltadas de varios colores la sirena de los grandes poetas, y todavía conserva los perfumes del artístico paganismo, semejaban una de aquellas teorías ó procesiones religiosas que los antiguos celebraban despues de puesto el sol, para tener propicias á las divinidades marinas, y esperar ver aparecer por el horizonte bogando la barca de la popa de oro y las velas de seda, saludada por los himnos pindóricos, ceñida con las rosas y los mirtos de la Jonia, trayendo el dios objeto de aquel culto; porque donde quiera que hay arte, allí siento yo siempre el recuerdo de la nacion, que es la eterna musa de la historia.

Nosotros nos embarcamos en medio de los saludos de muchas gentes que se extendían por las riberas. Puig-Campana, la isla, la punta del

Pinet iluminando la costa y siendo como el marco del cuadro; el agua serena y trasparente; el céfiro sin fuerza para rizar las olas, deramando con su leve soplo en la mar los aromas de la tierra; los vecinos campos, en que se descubrian las luces de alguna que otra casa perdida en la oscuridad; la música que el eco repetía; los barcos iluminados y esparcidos con ordenado desórden, y los pescadores corriendo de un lado á otro con hachas encendidas en la mano; las pequeñas lanchas donde iban de pié algunos marineros pescando con sus largas fitoras, y cuyas hogueras de tea teñían de un color sonrosado las aguas; los alegres gritos de la muchedumbre de la orilla; el olor de las plantas aromáticas que en nuestra falúa habia, las exclamaciones de los pilotos que nos dirigian; la hermosura del cielo, lo fresco y regalado del ambiente formaban un conjunto tal, que no puede describirse; porque es imposible que la pluma conserve aquellos aromas, aquellos sonidos, aquellos reflejos, aquella animacion, aquella vida.

Doce remeros impulsaban nuestra falúa, que corría sobre las aguas como un pez, y más de ochenta marineros formaban la tripulacion de nuestra escuadrilla. Cuando hubimos recor-

rído algun espacio, nos detuvieron para ver la pesca. En efecto, desde el pueblo hasta la punta del Pinet habia una porcion de redes tendidas, que puede decirse cubrian casi toda la playa. Aún no habian empezado su taréa los pescadores, y ya nos traian las redes llenas de peces, que saltaban vivos á nuestra falúa y que reflejaban en sus escamas plateadas la luz, centelleando y produciendo mil varios reflejos. Recorrimos uno por uno todos los puntos donde estaban pescando, y era de ver el efecto que producian desde nuestra falúa los pescadores que corrian de un lado á otro gritando y agitando en sus manos sus hachas encendidas, cuyas pavesas iban cayendo y apagándose en el mar. Parecia que estábamos en tierra, que nuestra falúa se deslizaba sobre arena, porque á nuestro alrededor, unas veces nadando, otras corriendo, si era posible hacer pié, se encontraba una gran multitud, que ora encendia nuevas luces, ora cantaba las canciones marineras dentro del agua, ora impedia que varásemos, ora nos seguia por gusto á todas partes, y nos tiraban los pescados que nosotros recogiamos; á todo convidaba la noche en este mar, que es verdaderamente amigo del hombre.

Cuando ya nos habíamos alejado bastante

del pueblo, comenzaron á hendir los aires los cohetes arrojados desde el barco donde iba don Joaquin Thous, y sus luces, al llover sobre el mar, teñian de toda suerte de colores las sensibles aguas. Estábamos descuidados y distraídos con lo maravilloso del espectáculo, y de pronto nos sorprendió una voz de tenor dulce, sensible, armoniosa, que desde el falucho oscuro donde estaba la música comenzó á cantar unas barcarolas. El silencio de la noche, la tranquilidad del mar, que no producía ningún eco, ningún sonido; la brisa que nos traía aquellos acentos perdidos en la inmensidad; lo triste del canto, que parecia un quejido; lo apropiada que era á la escena la nueva sorpresa, nos encantaba á todos, pues parecia que aquella voz se exhalaba del seno mismo de las aguas. El cantor era un jóven abogado de Villajoyosa, llamado D. Jáime Mayor, que ha recibido de la naturaleza el don de una preciosa voz hábilmente cultivada por el arte. Despues de esto, como la falúa en que íbamos corria más que todas las barcas, dijimos á nuestros remeros que la impulsaran, y en un instante nos hallá-bamos separados de todos. No puede V. imaginarse qué impresion tan profunda hizo en mi ánimo esta soledad. A lo léjos se oian las mú-

sicas, se veían entre las aguas brillar las luces, y mientras tanto nosotros en la oscuridad sentíamos un placer infinito viendo rielar las estrellas, y respirando la brisa, y recogiendo, por ese amor que tiene el hombre á los contrastes, los rumores de la naturaleza.

En este punto decidimos desembarcar, para que las señoras pudiesen ver una pesca desde la orilla. Era necesario impedir dos cosas: que se mojaran, y que hubiera necesidad de desembarcarlas en brazos. Se pensó instantáneamente en llevar la falúa á la arena. A una voz de «hombres al agua,» no quedó ni uno si quiera en su embarcación.

Todos se arrojaron vestidos al agua, y era de ver cómo saltaban, con qué entusiasmo, con qué decesion, desde sus barcas, y era de oír el ruido de más de cien personas precipitándose en las aguas. Parecía un naufragio. Nuestra falúa salió á la arena. ¡Qué solemne, qué grande me pareció en aquel momento el mar! Era media noche. Las luces de las barcas se iban apagando poco á poco, y sólo quedaba alguna que otra encendida, y que se reflejaba mustiamente en el agua, pues llevábamos ya cuatro horas de bogar, dulce y descuidadamente. Pero si las luces se apagaban, en cambio las estre-

llas lucían con claridad más nueva. Algunas hogueras y algunos hachones iluminaban en nuestro derredor. Entonces, en medio de aquella muchedumbre, empezaron varios amigos á entonar la gran composición de Rossini, la ple-garia del Moisés. Nunca me ha parecido tan sublime esta gran inspiración del más grande y más fecundo de los cantores de Italia. La oscuridad de la noche, la arena que pisábamos, y que recordaba el desierto; las áridas rocas que había á nuestra izquierda, cubiertas de higueras, de olivos y nogales, todos árboles del Oriente; el mar Mediterráneo, el mismo mar que hollara con su planta el pueblo escogido; la luz indecisa de las hogueras; los pescadores de rodillas con los ojos elevados al cielo, atraídos por aquel espectáculo tal vez sin comprenderlo; una gran multitud entrando á pié dentro del mar con la misma confianza con que entraban los israelitas; el coro de voces sensibles y tiernas de mujer unido al coro de bajos, como la esperanza se une al recuerdo; aquella cadencia del canto de Rossini, tan majestuosa como los versos de la Biblia, tan profunda y tan sentida; la emoción que á todos nos impulsó en medio de aquel silencio, semejante al silencio de un templo interrumpido sólo por los

largos ecos de la plegaria; los coros, sin ningún acompañamiento de orquesta, como los ecos religiosos de los pueblos primitivos; la majestad de la naturaleza, me forzaron, casi involuntariamente, á que me arrodillara, á que pensase en mi madre, buscándola al través de los cielos, á que levantara á Dios una oracion salida de lo más íntimo de mi sér, y rociada con mis lágrimas. Crea V. que se necesitaba poca fuerza de imaginacion para creerse transportado al Egipto, al ver tanta gente que corria entre las olas, otros de rodillas en la arena, y al sentir aquella plegaria dirigida y cantada con una profunda emocion religiosa.

¿No es verdad que todo esto parece inverosímil en un pueblo? Pues ha sucedido. Mas para presenciar estos espectáculos se necesita una playa tan dulcemente tranquila como esta playa, unas montañas tan poéticas como estas montañas, un mar tan sereno y plácido como este mar, un cielo tan claro y deslumbrador como este cielo, unas costas tan bellas como estas costas, una gente tan sencilla, tan buena, tan agradable y tan obsequiosa como la gente de este hermoso pueblo, una poesia tan ingénuo como esa poesia que inspiran los claros horizontes, las risueñas islas, los deleitosos cam-

pos, la palmera, el mirto, el azahar; en una palabra, el Mediodía, la region más feliz y más privilegiada de la tierra. Adios, querido amigo; he importunado á V. mucho. Perdónemelo en cambio de la buena voluntad que le profeso.